

MEMORIA DE LOS MÁRTIRES VALENCIANOS

22 septiembre

VER:

El 11 de marzo de 2001, el Papa san Juan Pablo II beatificó en Roma a un numeroso grupo de mártires de la persecución religiosa en España. Eran sacerdotes, religiosas, religiosos, y laicos, hombres y mujeres que habían vivido su fe en medio de las circunstancias concretas de su tiempo, y entre ellos, de manera particular, laicos vinculados a la Acción Católica.

Hoy, veinticinco años después, recordar sus nombres y sus historias no es solamente un recuerdo, ni mucho menos entra dentro de lo que se denomina “memoria histórica”. Es una invitación a preguntarnos qué significa ser cristiano, y sobre todo laico comprometido, en el mundo de hoy.

El testimonio de los mártires llega hasta nosotros como una llamada. Fueron personas concretas, con familias, trabajos, responsabilidades, ilusiones y preocupaciones; personas que vivieron en pueblos y ciudades, que participaron en sus comunidades y que intentaron hacer presente el Evangelio en las circunstancias ordinarias de su existencia. Su vida cristiana no se desarrolló al margen del mundo, sino precisamente en medio de él.

Por eso, acercarse a la historia de los laicos de Acción Católica que fueron beatificados hace veinticinco años significa, ante todo, acercarse a personas. Detrás de cada nombre hay una biografía, una familia, una vocación cristiana, unas opciones, unas dificultades y una manera concreta de vivir la fe. Conocer sus vidas y la fe que les movió permite descubrir que el testimonio cristiano no está reservado a quienes desempeñan una misión especial dentro de la Iglesia.

JUZGAR:

La memoria de aquellos mártires nos plantea una pregunta decisiva: ¿cómo se llega a una fe capaz de transformar toda la vida, hasta el punto de entregar la propia existencia por Cristo?

La respuesta podemos encontrarla en una palabra: integración, que define profundamente lo que la Acción Católica ofrece para la vida cristiana, entendiéndola como un triángulo cuyos tres lados son formación, acción y celebración-contemplación. No se trata de tres actividades independientes, ni de tres caminos que cada persona pueda escoger según sus preferencias. Son tres dimensiones inseparables de una misma vida cristiana.

Esta imagen del triángulo la vemos reflejada en la vida de los 39 mártires. La Acción Católica fue para ellos un espacio privilegiado para crecer en la fe, formarse, vivir la fraternidad y asumir la responsabilidad de ser Iglesia en medio de la sociedad. Su compromiso no consistía únicamente en participar en actividades, sino en dejar que la fe iluminara toda su existencia.

En ellos descubrimos que la fe no era una idea, que la oración no era un refugio intimista y que el apostolado no era una simple actividad. Todo estaba unido. Habían aprendido la fe, la habían interiorizado, la habían celebrado y, finalmente, la habían convertido en una forma concreta de vivir.

ACTUAR:

El Papa Francisco escribió: *“Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada sólo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra”* (GE 14).

Los mártires de Acción Católica nos muestran que, cuando la fe se vive de forma integrada, la santidad puede crecer en una familia, en una fábrica, en una escuela, en una universidad, en una profesión cualquiera, en una parroquia, en el compromiso social y en el servicio a los pobres.

Nos muestran también que la santidad no consiste en realizar alguna cosa extraordinaria, sino en permitir que Cristo transforme toda la existencia.

Celebrar los veinticinco años de aquella beatificación es una oportunidad para preguntarnos:

¿Cómo vivimos nuestra fe en las circunstancias que nos han tocado?

¿Hasta dónde estamos dispuestos a comprometernos con el Evangelio?

¿Somos capaces de ser testigos de Cristo en nuestra familia, en nuestro trabajo, en nuestros ambientes y en la sociedad?

En definitiva, ¿cuidamos realmente los tres lados de nuestro propio triángulo, estamos aprovechando las oportunidades e instrumentos para que nuestra fe sea integrada?

Que la celebración de la memoria de los mártires valencianos nos ayude a recordar que la santidad también se construye en la vida cotidiana y que el compromiso de los laicos sigue siendo necesario para la misión de la Iglesia.

Veinticinco años después de su beatificación, su memoria continúa siendo una invitación: conocer sus vidas, recordar su testimonio y seguir haciendo presente el Evangelio, viviendo hoy, con la misma radicalidad y con nuevas formas, aquello que ellos vivieron hasta el final: una vida enteramente de Cristo, enteramente para los demás y enteramente entregada al Evangelio.